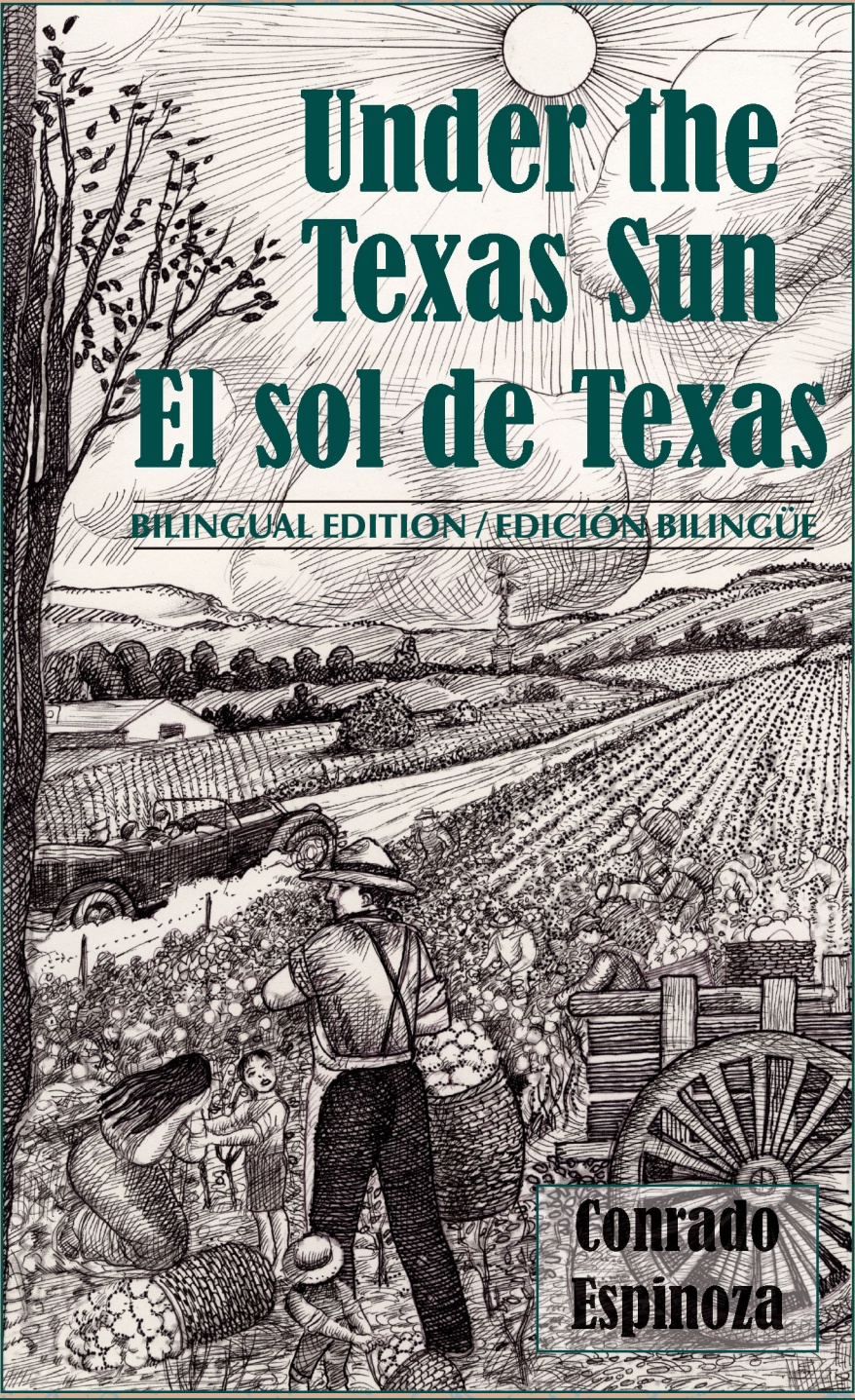


Under the Texas Sun El sol de Texas

BILINGUAL EDITION / EDICIÓN BILINGÜE



Conrado
Espinoza

Under the Texas Sun

El sol de Texas

by/por Conrado Espinoza

**English translation by/Traducción al inglés de
Ethriam Cash Brammer de Gonzales**

**Introduction by/Introducción por
John Pluecker**



Arte Público Press
Houston, Texas

This volume is made possible through grants from the Brown Foundation, the City of Houston through the Houston Arts Alliance, the Clayton Foundation, the Exemplar Program, a program of Americans for the Arts in collaboration with the LarsonAllen Public Services Group, funded by the Ford Foundation, and the M.D. Anderson Foundation.

Recovering the past, creating the future

Arte Público Press
University of Houston
452 Cullen Performance Hall
Houston, Texas 77204-2004

Illustration by Alejandro Romero
Cover design by Exact Type

Espinoza, Conrado, 1897-1977.

El sol de Texas = Under the Texas sun / by Conrado Espinoza; English translation by Ethriam Cash Brammer de Gonzales; with an introduction by John Pluecker.

p. cm.

ISBN: 978-1-55885-480-2

[1. Mexicans—Texas—Fiction.] I. Brammer de Gonzales, Ethriam Cash. II. Title: Under the Texas sun.

PQ7297.E733S6513 2007

863'.64—dc22

2006051736

CIP

∞ The paper used in this publication meets the requirements of the American National Standard for Information Sciences—Permanence of Paper for Printed Library Materials, ANSI Z39.48-1984.

El sol de Texas was first printed in San Antonio, Texas in 1926

© 2007 by Conrado Espinoza
Under the Texas Sun © 2007 by Ethriam Cash Brammer de Gonzales
Printed in the United States of America

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN: UN MÉXICO-TEXANO MÁS: <i>EL SOL DE TEXAS</i> Y CONFLICTOS DE NACIÓN	v
<i>EL SOL DE TEXAS</i>	1
INTRODUCTION: ONE MORE TEXAS-MEXICAN: <i>UNDER THE TEXAS</i> <i>SUN</i> AND CONFLICTS OF NATION	113
<i>UNDER THE TEXAS SUN</i>	139

El sol de Texas

por
Conrado Espinoza

PORTADA

Chorreando sudor pegajoso y sucio, arrastrándose, jadeante, casi a punto de caer sobre el surco, sigue la “pizca”. . . . Es fuerte todavía, sus cuarenta años tiénelos él como liviana y regocijada carga; esto, la “pizca”, es una mala jugada de la vida, un resbalón necio, pero saldrá de él, podrá recuperarse, juntará algún dinero y luego vendrán los días tranquilos y los obrares recatados. No más locuras. Pero, llega el mayordomo, esperan la “pesada”, hay que seguir . . . Y, arrastrándose, jadeante, chorreando un sudor pegajoso y sucio, sigue por el surco jalando un saco enorme, más pesado mientras más se avanza, avasallador . . . “parece un canguro” que, imposibilitado para el ligero salto, apenas camina llevando trás sí la carga martirizadora de su cuerpo deforme. Tras él, marcha ella, la madre de los críos que, unos jóvenes, otros niños, todos hasta sumar cuatro, marchan también enardecidos por el sol y la esperanza, “pizcando” aquellos copos que fingen nieve y que se queman bajo el sol de fuego que cae a plomo sobre los humedecidos lomos, que afiebra las cabezas hasta enloquecerlas, que vuelve a la tierra una brasa negra y sorda martirizadora siempre para los ampollados pies . . .

Y marchan él y ella y ellos, los seis, como condenados miserables, bajo las miradas del capataz, asusados por burlas impías y por la esperanza lisonjera de la próxima “raya”. Hay que seguir, hay que recoger mucho algodón, más, siempre más . . . ¡sólo así podrá salirse de aquel infierno!

El plantío se extiende inmenso, finge un mar en donde las matas hacen oleaje y en donde las espumas son los copos que se exaltan en su blancura y se multiplican, deslumbrando, como una esperanza de abundancia, como un seguro enriquecimiento del amo, como una

sarcástica bodega cuyas migajas, las más miserables, irán a caer sobre las manos de aquellos infelices para sostenerlos un poco más, para prolongar su existencia a fin de que sigan pizcando.

El cielo, intensamente azul, está limpio de toda nube, su comba parece reposar sobre los lejanos y miserables lomeríos del confín . . . el sol marcha pausadamente, casi no avanza y entretiene su pachorra arrojando fuego, flechando a la tierra y a los hombres con dardos que achicharran . . . ni una sombra, ni un vientecillo ligero, todo está sofocado, quieto, ahí no hay más movimiento que el cansado caminar de los pizcadores, el trotar rutinario de las mulas que se llevan carros y carros cargados de algodón y, a ratos, la carrera loca de algún automóvil que, por la carretera cercana, pasa llevando a gentes felices, camino del balneario alegre, de la ciudad rica o del pueblecito endomingado y fiestero que celebra su feria anual. . . .

Hay un momento en que no se puede más . . . la mujer se ha detenido de pronto, asaltada por agudo dolor que le clava agujas en las espaldas y en la cintura, los muchachos ven, con mirada estúpida, la cara gesticulante de la madre y se quedan parados, boquiabiertos, bañados en sudor. . . . él, que va adelante, sigue, la surcada está pidiéndole más trabajo, los algodones se ofrecen fuera del capullo, sigue borracho de trabajo y de sol, dando fortaleza, con su imaginación loca a aquel sueño que vislumbra entre los reverberos del suelo y del espacio . . .

Pizará diariamente cien libras, trescientas, mil, las que sean necesarias para juntar cien dólares siquiera; hará que pizquen todos los suyos, volverá a San Antonio para comprarse trapos, pondrá endomingados a la mujer y a los hijos, sobrára dinero para eso y, con ello, a México, a su rancho de donde nunca debían de haber salido y a trabajar lo suyo, su tierra . . . podrá hacerlo ahora sin recurrir a los prestamos . . .

Y, esto le recuerda la explotación de los caciques de su pueblo, los robos de que fuera víctima cuando sembró como mediero, las fatigas que sufriera cultivando una tierra cuyos productos le robaron descaradamente y casi se alegra de sufrir ahora en tierra extraña, ¡de sentirse explotado por extraños! Estos, no son de su sangre, pero aquellos . . .

Y continuaría en su ensueño, pero un grito, un alarido de moribunda, le hace incorporarse, vuelve la cabeza y ve cómo cae la mujer, desplomada sobre el surco, como un saco maltratado de carne sin alma. . . . Ve como los hijos la rodean y escucha sollozos, ve cómo el capataz, sonríe desde el toldo que le da sombra y, rabioso, enfurecido, deja el saco, corre hacia los suyos, levanta a su mujer que gime, le da agua, un agua tibia y nauseabunda, calma a sus hijos . . . el capataz se ríe . . .

Él, enfurecido, siente que arde su sangre con las rabias de todos sus abuelos, saca una navaja, corre hacia el que se burla, la abre y va a hundirla en aquella carne que escarnece, cuando dos pistolas apuntan hacia él . . .

El capataz ríe y ríen sus compañeros, mocatones rubios, fuertes, bien armados, que están pesando la cosecha y afirmando su autoridad de grandes, de poderosos, de intocables. . . .

Él entiende que si toca a uno de aquellos burladores, podrá morir como un perro, quedarán sus gentes abandonadas bajo aquel sol de fuego, sobre aquella tierra que quema, entre aquellos hombres que sólo saben despreciar y exprimir la vida y, ¡se detiene! Baja la cabeza, se traga sus bríos y ¡vuelve al surco!

¡Ni siquiera puede decirles algo! ¡Qué gana! No le entenderían, como él no entiende aquella algarabía que forman ellos entre risas y palmotadas . . .

La mujer se ha recuperado y sigue pizcando de rodillas, los hijos han vaciado sus sacos y vuelven para llenarlos copo a copo, él hace otro tanto.

Y así pasan días y semanas y meses, se agota el algodón en una sementera y van a otra, muchas veces deben andar millas y millas, amontonados sobre una troca desmantelada, descansando del surco en la fatiga del camino; otras veces el cielo se encapota inesperadamente, el agua inunda los surcos, el lodo aprisiona los pies y hay que esperar. . . . Se impacienta el amo por la pérdida que sufre, se rebajan los jornales y los ahorros se van, se escurren logrando apenas sostener a la familia con la compra de comidas pésimas, de conservas podridas; la ropa se ha ido acabando, las espaldas van desnudas

y cuando vuelve el sol y cuando se regresa al surco, hay más fatiga y más dolor . . . , pero hay nuevas esperanzas. . . .

Sí, hay nuevas esperanzas, pueden tejerse en las noches de luna, con aquellas lunas encendidas de agosto, cuyos rayos son de plata, cuyos rayos fingen dólares al colarse por los agujeros de la maltrecha tienda de lona o de la enramada de zacate. . . .

El vuelve a soñar, la mujer sueña también y los hijos se entregan confiados a la borrachera paterna.

Unos días más, ya hay algún dinero anudado en el paliacate mugriento, ya se ha salido de alguna deuda, ya se ha encontrado un amo más benigno, hay esperanzas. . . .

Pero el sol vuelve y vuelve la realidad. ¡A la pizca!

A arrastrarse sobre los surcos jalando aquellos sacos enormes y pesados, a rasgarse las carnes con los guijarros y las espinas, a volver quizá, bajo un sol inclemente o bajo una lluvia impía, a la ciudad devoradora de todos los dineros y quedarse ahí, casi mendigando, en espera de otro año, imposibilitados para regresar a la tierra, caprichosos por hacer fortuna, resignados a sufrir nuevas explotaciones a cambio de la posibilidad para adquirir un mendrugo . . .

Capítulo I

ESPEJISMOS

—¡Por fin llegamos, Quico!

—Sí, vieja, hora sí que estamos seguros . . . eita, eita, tonta, hágase pa cá, ¡parece que no mira!

—¡Jesús! si ese animal iba a machucar a esta muchacha. ¡Oye, Juanita, vente, hija, arrímate! Aquí no estamos en Los Guajes, fíjate.

—¡Ea, Doroteo, traite a esa boba!

Y de esta guisa, el matrimonio se afanaba por juntar a la cría y retenerlos a su lado: cuatro retoños bien dados y mejor plantados ya qué, pues se iba nada menos que a Texas, a Estados Unidos, la familia había agotado sus últimos recursos para presentarse bien puesta y campechana.

Quico, Federico, jefe y padre de la prole, había procurado un buen sombrero charro, una cascada de seda roja y brillante, una camisa dispuesta a sorberse medio kilogramo de almidón y unos zapatos que, con rechinar siempre, tenían para seguir haciéndolo sin cansancio y con brío. Los pantalones, ajustados a los muslos y piernas, eran reafirmados en la cintura por una faja de estambre, obra de la misma Cuca, en donde los colores más alegres hacían trenzados y vislumbres. En cuanto a la madre, esta Cuca laboriosa y tierna, llegaba a la frontera con aromado rebozo de bolita, zarcillos de filigrana sobredorada, collar de corales y unas enaguas que, María Santísima, ¡ni las propias amapolas habíanse presentado jamás tan rojas y esponjadas!

El pie fino, apenas se adivinaba bajo la bota mal forjada, pero quedaba suplantado el defecto con un brillo magnífico, como que era

aquella piel nada menos que charol. Doroteo, el hijo mayor, competía con su padre en el atavío, Juana, la hija segunda, moza de catorce años, iba a los alcances de su madre y los otros dos: Justa de nueve y Pedrito de ocho, habían sido trajeados con más humildad, pero con el suficiente tino para que no desdijeran de los grandes.

Acababan de cruzar el puente internacional. Estaban al fin en el Laredo gringo, iban poniendo firmemente el pie en la tierra que era su asilo soñado y en donde, por meses y meses, estuvieron inflándose todas sus esperanzas.

¡Habían llegado! ¡Bendita la virgencita de Guadalupe! ¡Ahora sí que nada habían de temer de villistas ni de carrancistas, de gobierno ni de rebeldes! ¡Aquí estaba la paz, el trabajo, la riqueza, la felicidad! Ciertamente que en las oficinas de migración los habían tratado con brusquedad, con cierta manera burlesca y denigrante, pero aquello había pasado, Federico pudo contenerse para no hacer una de las suyas y ahora sí que iban a entrar entre los gringos para ganar chorros de pesos, pero de pesos dobles, de los de aquí, que valen dos pesos mexicanos . . .

Cerca del puente, esperábalos la troca que los había de llevar hasta San Antonio. Los muchachos corrieron a instalarse en ella, era vieja y pobre, pero para ellos resultaba un vehículo de príncipes, algo que jamás se hubieran atrevido a esperar. Era la primera vez que iban a viajar en automóvil y ahora se acordaban con desprecio de las carretas de Los Guajes, un pobre rancho de Jalisco donde había mecido su cuna y de donde se arrancaron para venir en busca de fortuna.

Cuca y Quico, añiados como sus hijos, embobados, apenas podían salir del paso cuidando a los chiquillos para que no fueran barridos por carros que, veloces, pasaban sin que sus conductores pararan mientes en aplastar o no a aquellos inmigrantes. El acomodo de los trastos se hizo rápidamente. En un rincón de aquel carromato quedaron aseguradas las maletas, las infladas servilletas que guardaban todavía comida de la tierra y los santitos con vidrio y marco de hoja de lata que, con un perro de caza, propiedad de Doroteo, acompañaban a la familia para guardarla de las asechanzas del

diablo y de los hombres. Ya estaban impacientándose de tanto esperar, cuando llegó el chofer, venía acompañado del resto del pasaje y dispuesto a partir. Entre discusiones, nuevos acomodados y compras de baratijas se pasó otra media hora, (¡medio siglo para los que esperaban saborear el movimiento de la troca!) y por fin se pusieron en marcha. El arranque fue brusco, todos se bambolearon como si fueran a caer, pero se restableció el equilibrio, el apiñamiento en que iban los aseguraba en su sitio y disolvieron en bromas y risas el sustillo que cada uno llevaba en su interior.

Once, excepto el conductor, formaban el pasaje de la troca. Los seis García, que tal era el apellido de Quico o Federico el de Los Guajes, dos señoras solas que iban a juntarse con los suyos en un pueblo inmediato a San Antonio y un anciano con dos hijos varones, de treinta años uno, de diez y siete el otro.

Pronto, la amistad amarró lazos entre aquellos expatriados y cada uno contó espontáneamente su historia y delató su pensar y sus ambiciones.

El chofer oía, a ratos volteaba a ver su carga con cierta sonrisa de burla, a ratos obscurecía su mirada pero seguía siempre imprimiendo velocidad a su desvencijada máquina.

Las mujeres solas, madres las dos y hermanas entrambas, venían, la una, en pos de su marido y un hijo, la otra a recogerse con sus hijos después de haber sepultado a su marido. Su ignorancia hacía las silenciosas y el saberse esperadas dábales aplomo y confianza. Oían casi con indiferencia.

El anciano, con sus hijos, venía de Michoacán. Quedaban allá su mujer, dos hijas doncellas y un hijo varón encargado de velar por la familia. Él, con aquellos muchachos, el mayor y el menor de su prole, venía a buscar la vida, a trabajar para poder rehacer la fortuna que la revolución le había arrebatado. Tenía un pequeño terreno cerca de Cuitzeo, habíase soñado rico alguna vez, era casi un cacique de su pueblo, pero la revolución lo obligó a no trabajar; los bueyes y las vacas fueron sacrificados por los soldados, su vida y la de los suyos fue amenazada muchas veces y todo ello lo hizo arrancarse de aquellos terrones para venir a este país en donde el oro se prodiga,

donde la honradez brilla siempre limpia y en donde, trabajando con ardor se hace pronto una fortuna, ¡porque siempre hay paz y trabajo y dinero!

El sol caldeaba y los chiquillos fueron amodorrándose con el traqueteo de la troca y con el calor del día; se durmieron después y sólo quedaron en vela los jóvenes y los grandes. La conversación languidecía y cada uno echábase a mirar ansiosamente, ávidamente, el paisaje que se tendía en todas direcciones. Allá muy adentro, en el secreto de su corazón, sentían todos una desconfianza, un temor inexplicable, que crecía a la vista de aquella tierra sin montañas, sin las variantes rápidas y prodigiosas de su país natal.

La llanura inmensa, apenas quebrada por bajos lomeríos, dábales una impresión triste. Los recuerdos de la patria iban imponiéndose a las excitaciones del viaje y a la emoción del arribo. Ahora recordaban sin saber que apenas dejadas, representarían para ellos un valor inmenso.

Sentían deseos de encontrar caras amigas, rostros que, al verlos, sonrieran anunciando un saludo cariñoso. Todo les parecía extraño, el campo mismo, presentábaseles con cierto aspecto inexplicable para ellos, les infundía respeto. Aquella red de caminos asphaltados como cuidadas calles de ciudad, aquella sucesión de sementeras y sementeras perfectamente cultivadas, aquella cadena de pueblecitos y ranchos con casas risueñas y limpias, dábales un escozor molesto, sentíanse como en jardín donde hay que guardar siempre mucha compostura y añoraban la libertad campesina en medio de la cual, lejos de la civilización, perdidos entre la serranía abrupta, habían crecido y amado. . . .

Del fondo de su espíritu, emergían las montañas azules y enormes de su tierra, los bosques frondosos y terroríficos a fuerza de suntuosidad y ante la inevitable comparación, veían todo esto como una naturaleza artificiosa, a la cual había de llegarse de puntillas, cuidadosamente, para no maltratarla.

Cuando se cruzaba con ellos algún nativo, ya a caballo, ya en automóvil, veíanlo asombrados. Estos hombres grandotes, colorados, de pelo como jilote y ojos azules, infatuados todos,

causábanles más temor aún. A estos sí que veían hechos con toda la mano. Estos sí que parecían, todos y cada uno, hombres potentes y nacidos para mandar. Quico, a cada nativo que pasaba, preguntaba al chofer si era del ejército o de la política. Cuando sabía que era un ranchero, un simple trabajador, quedábase asombrado. Era entonces cuando sus sueños tomaban fuerza y cuando su lengua volvía a soltarse forjando proyectos y asegurando victorias. Sus oyentes se contagiaban fácilmente y todos se echaban a soñar en la felicidad inmediata.

Sí, ya estaban seguros, ya iban entendiendo cómo aquel pueblo era trabajador y rico. Los algodonaes que circundaban el camino los saludaban con sus flores amarillas y rosa y veían en aquello una sonrisa de riqueza.

Trabajarían fuerte, trabajarían como ninguno, juntarían muchos dólares y después . . . ¡quién sabe! ¡Había tantas cosas buenas por hacerse!

El anciano hizo una observación:

—¿Y cómo iban a hacer para entenderse? —Ellos no sabían inglés.

—¡Qué va hombre! —contestó Quico apresuradamente—, eso se aprende pronto y si no se aprende, mejor, lo mismo da. Hay intérpretes.

—Sí, —contestó el viejo—, hay intérpretes, pero cobran, a nosotros nos dejaron casi sin dinero. Apenas si tendremos para vivir unos ocho días.

—Y eso qué, sobra, si luego habrá trabajo. ¡Si en llegando a San Antonio tendremos dónde ganarnos muchos pesos!

Y Quico iba haciendo una relación de todos los trabajos que él sabía y tenía como seguros y luego remataba contando como uno, dos, tres, muchos de sus paisanos, habían venido también a correr la aventura y habían regresado rumbosos y gastadores, con buenos vestidos, con muchos vestidos y hartos pesos.

—¡Como que al volver nos dan dos por uno! ¡Como que aquí cuando ganamos uno hicimos dos! ¿No es cierto amigo? —preguntaba dirigiéndose al chofer.

El chofer contestaba con evasivas, luego se atrevía a poner algunas dudas pero terminaba al fin asegurando lisonjeros éxitos.

Quico se atenía a lo último y quedábase un rato pensativo, sonriente, embelesado en el panorama interior que su propia ilusión había forjado.

A poco rato reanudaba la plática:

—Lo que siento, lo único que siento un poquito es que aquí no usan el vino, ¡tan buen Tequila el de mi tierra! Habíase visto tíos más idiáticos. ¡Quitarle al hombre uno de sus mejores gustos!

—Anda, sinvergüenza, mejor está así —saltaba su mujer— de ese modo no habrá copas para los amigos y tendremos más dinero.

—Dices bien, vieja, más dinero, ¡a eso venimos!

Y el varón, volvía a callarse y a sonreír maliciosamente, acordándose cómo la noche última, aquella que habíase pasado apenas y bajo cuya sombra estuviera aún en suelo mexicano, habíase escabullido de la familia para ir a tomar unas copitas y despedirse así de su tierra.

¡Claro que sí había echado su pisto! Tenía que despedirse bien de la patria, tenía que saborear el buen mezcal ya que habría que aguantarse sin él algunos meses, quizá algunos años. Porque, habrá que decirlo, Quico pensaba en la posibilidad de permanecer varios años en Texas. Sabía él cómo dos o tres de sus amigos habían logrado hacerse de terrenos y eran ricos. ¿Por qué no hacer él lo mismo? ¡Tener propiedades en Estados Unidos! ¡Cosa más buena!

Sí, volvería a su tierra, pero cuando pasara la bola, claro que no iba a quedarse entre los gringos. Eso no, su tierra antes que todo: pero volvería rico, traería suficiente dinero para comprar un terreno; quizá pudiera hacerse de un parte de Los Guajes, quizá de todo, qué caramba, y ¡entonces sí!

Ya habría que ver cómo trataba a los caciques que tantos años le robaron jornales y trabajo; ya habría que ver cómo se las componía con el gobierno que por tanto tiempo lo esquilmó con contribuciones. Y si salían sinvergüenzas gritando buen manejo y más libertad y robando mucho y esclavizando más, ya sabría él cómo arreglarlos.

Y de esta manera resolvíase todos los problemas, sobrábale empuje y azuzaba las esperanzas de sus compañeros, prometiéndose una continuada serie de triunfos imaginándose que entraba a una bodega en la cual sólo habría que llenar de oro para distribuirlo pródigamente y al antojo.

La troca corría, era alcanzada a veces por otras más potentes, solía a su vez alcanzar y dejar a otra más miserable y corriendo, corriendo, devoraba la carretera como todas, llevando aquella carga de ilusos, de inermes, borrachos de ilusión y confiados en su fatalismo de mirajes altos y realidades sangrientas.

Under the Texas Sun

by
Conrado Espinoza

Chapter I

MIRAGES

“Quico, we made it at last!”

“Yes, dear, we’re safe now. . . . Juanita, Juanita, come here, you silly little girl. Are you blind or something?”

“Jesús! That animal was about to eat her up! Hey, Juanita, come here, sweetheart, come here with me! This isn’t Los Guajes, you know.”

“Hurry, Doroteo, bring that little nut over here with you!”

In this way, the couple struggled to round up their children and keep them by their side: four well-kept children who were even more presentable now that the family was headed to none other than Texas, to the United States, with the family having spent their last dime to appear hearty and well attired.

Quico, or Federico, father and patriarch of the family, had bought himself a nice, new cowboy hat, a bright red-silk handkerchief, a shirt that could soak up about a pint of starch and a pair of shoes that were always too tight but that were meant to last—and without ever losing their shine. His pants, clinging to his thighs and legs, were tied at his waist with a broad fiber belt braided by his wife Cuca in the brightest and shiniest colors. As for Cuca, this kindhearted and devoted mother showed up at the border with her translucent shawl tied in a knot, a pair of gold-plated bejeweled earrings, a necklace of coral beads and a few petticoats which, Lord help us, not even the poppies in the field had ever appeared so red and fluffy!

Oldest son Doroteo's slender feet were scarcely perceivable within his misshapen boots, but this defect was covered up with a magnificent shine, making it appear as though they were no less than patent leather. He gave his father a run for his money as far as his clothing was concerned. Juana, the second-oldest and his fourteen-year-old daughter, was only an arms-length away from her mother. But, the other two, nine-year-old Justa and eight-year-old Pedrito, were more modestly attired, yet still with enough style that no one could speak poorly of their parents.

They had just crossed the bridge into the United States. They had finally reached the American city of Laredo. Their feet were now firmly planted on the soil that was their promised land and about which, for months and months, all of their dreams had grown bigger and bigger.

They had made it! Blessed be the Virgin of Guadalupe! Now they had no reason to fear the Villistas, nor the Carrancistas, nor the government, nor the revolutionaries! Here they could find peace, work, wealth, and happiness! It's true that they had been treated rudely, mocked and disparaged at the immigration office, but that was all over now. Federico was able to control himself and prevent himself from making one of his scenes. Now they were indeed going to live among the gringos earn barrels full of pesos, but double pesos, the ones from here that are worth two Mexican pesos each!

Not far from the bridge, the truck that would drive them to San Antonio was waiting for them. The children ran off to claim a spot in the truck. It was an old rattletrap, but to them it seemed like a vehicle fit for a king, something that they would have never dared to dream of. It was the first time that they were going to take a ride in an automobile, and it made them recall with disdain the roads in Los Guajes, a poor village in Jalisco, where they had made their nest and from which they had set off to come in search of their fortune.

Cuca and Quico, beside themselves and acting as giddy as their children, were scarcely able to avoid catastrophe, taking care that the little ones didn't get flattened by the cars quickly speeding by without their drivers thinking twice about whether or not they had run

over that group of immigrants. They stowed their things quickly away. Their bags were secured in a corner of that long, narrow covered wagon on two wheels: the bulging kerchiefs that protected food from the dust, along with the little pictures of saints with a wooden and a tin-leaf frame, and a hunting dog which belonged to Doroteo, that accompanied the family in order to protect it from the guiles of man and the devil alike. They were already growing impatient from so much waiting, when the driver arrived. He showed up accompanied by the rest of the passengers, and they were ready to depart. After a few arguments, some new accommodations and the purchase of a few odds and ends, another half hour went by (half a century for those who couldn't wait for the truck to start moving). Finally, they were off. The start was rough. Everyone was sent reeling backward as if they were about to fall, but they regained their balance. The masses surrounding them held them in place and the momentary fright that everyone felt inside dissolved amid jokes and laughter.

There were eleven passengers in the truck, excluding the driver: the six Garcías, which was Quico's or Federico's last name; two women traveling alone, who were going to join their family in some town near San Antonio; and an old man and his two sons, one thirty years old and the other seventeen.

The bonds of friendship were quickly tied among those expatriates and each of them spontaneously told their own personal histories and shared their thoughts and dreams.

The driver listened. He turned around from time to time to look at his cargo with a certain mocking sneer. At times his gaze grew dim, but he always kept on driving as fast as his rambling wreck would permit.

The two women traveling alone, both mothers and both sisters, were going, one in order to be reunited with her husband and child and the other in order to take up with her children after having buried her spouse. Their ignorance had made them keep quiet but the knowledge that someone was waiting for them gave them confidence and poise. They listened almost with indifference.

The old man and his sons were coming from the state of Michoacán. Staying behind were his wife, his two unmarried daughters and a son responsible for looking after the family. He, along with his two boys, the oldest and the youngest of his children, had come in search of a new life, to work in order to be able to win back the good fortune that the Revolution had taken away from him. He owned a small parcel of land near Cuitzeo. He had once thought himself wealthy. He was on his way to becoming one of the leaders of his community, but the Revolution prevented him from doing any work. The oxen and the cattle were sacrificed for the soldiers. His life and that of his family were often in danger. All of this forced him to uproot himself from his land in order to come to this country where gold is plentiful, where honesty always shines brightly, and, where, with a little hard work, one can quickly make his fortune—because, here, it's always peaceful, there's always work to do, and there's always money to be made!

The sun grew warm and the little ones were being lulled to sleep by the daytime heat and the rattling of the truck. They soon fell asleep, and the older children and adults were the only ones left to watch over them. The conversation languished and each one occupied himself eagerly, gazing upon the landscape that stretched out in every direction. There, deep down inside, in their heart of hearts, they all felt a sense of uncertainty, an inexplicable fear, which grew upon seeing that mountainless terrain, lacking the rapid and prodigious variations of their native land.

The vast open prairie, with scarcely a brook to babble beneath the hillside, made them apprehensive. The recollections of their homeland began to overwhelm the excitement of their journey and the thrill of their arrival. Now they reminisced without realizing that what they had just left behind had held a tremendous value for them.

They wanted to see a friendly face, faces that, upon seeing them, would smile with a cheerful greeting. Everything seemed foreign to them. Even the land itself was revealing itself to them with a certain inexplicable quality that filled them with awe. That web of asphalt highways as well kept as city streets, that procession of perfectly

cultivated fields, and that chain of small towns and ranches with warm and clean houses were unnerving to them. They felt as though they were in an English garden, where one must always mind his manners, and they longed for the freedom of the countryside, where, far from civilization, lost among the rugged mountainside, they had grown up and learned to love. . . .

From the depths of their souls emerged the enormous, azure mountains of their homeland, the vast and luxuriant forests whose magnificence provoked an inevitable comparison. They gazed upon the landscape as if it was an artificial nature, to which they were forced to walk on the tips of their toes, cautiously, so as not to disturb it in anyway.

Whenever they crossed paths with some native, whether on horseback or driving an automobile, they would stare at him in awe. Everyone's infatuation with these huge, ruddy men, with blue eyes and hair like maize caused them to tremble even more. To them, indeed, they all seemed to be well built. Yes, indeed, they all appeared, each and every one of them, to be powerful men, born to lead. And whenever a native walked by, Quico asked the driver if he was a member of the army or the police force. When he learned that he was a rancher, a common laborer, he was astonished. It was then that his dreams gathered strength and his tongue became loose, once again concocting schemes and guaranteeing victories. Those listening to him quickly caught his disease and they all threw themselves headlong into dreaming about instant gratification.

Indeed, now they could be sure, now they understood how that place could be so industrious and prosperous! The cotton fields that skirted the highway greeted them with their flowers of yellow and pink, and they saw in them the promise of wealth.

They would work hard, work like no other, make heaps of money and then . . . Who knows? There were so many wonderful things left to be done!

The old man made an observation: "And how are ya'll gonna get them to understand you?" They didn't speak English.

“What are you talkin’ about, man,” replied Quico hastily. “You can pick it up right away. And even if you don’t learn English, so much the better. It doesn’t matter. There are interpreters.”

“Yeah,” said the old man, “there are interpreters, but they charge a fee. And that would leave someone like us just about broke. We barely have enough to live on for about eight days.”

“Ah, who cares? That’s more than enough, as long as we can find work! As long as we find a place where we can make lots of money once we get to San Antonio!”

Quico went ahead and told a tale about all the jobs that he knew about and how he had them lined up for sure. Then he topped it all off by recounting how one, two, three, a number of his compatriots had already come to try their luck and they had all returned home as generous, big spenders, with lots of good clothes and plenty of pesos.

“And when we go back, they’ll give us two for one! That’s how it is here. When we make one peso, we’ve actually earned two! Isn’t that true, my friend?” he asked, directing his question to the driver.

The driver tried to beat around the bush a little bit, dared to put some doubts in their minds, but, in the end, concluded by assuring them of a great success.

Quico only focused on the last bit of what was said and he remained pensive for a short while, smiling, deceived by the panorama that his dreams had created in his own mind.

A short time later, the discussion started anew: “My only regret, the only thing I regret even a little bit, is that they don’t drink here. The tequila in my country is so good! Have you ever seen such idiotic men? To rob man of one of his greatest pleasures!”

“What do you mean, you shameless rascal? It’s better this way!” his wife jumped in. “This way you won’t have to go out and drink with your friends and we can save more money.”

“Good point, my dear, more money, that’s what we came here for!”

The husband fell silent once more and began to smile, recalling how the previous night, the one that had just passed and under whose

shadow he was still on Mexican soil, he had snuck away from his family in order to go and enjoy a few drinks and, in this way, bid farewell to his beloved country.

Of course he really did go on a binge! He had to bid his homeland a proper farewell, he had to savor the fine mescal since he would have to go without it for a number of months or even a few years. Because, it must be said that Quico thought it possible that he would remain in Texas for several years. He knew that two or three of his friends had been able to get their hands on some land and were now rich. Why couldn't he do same thing? To have property in the United States! That would be terrific!

Yes, he would return to his homeland, but in due time, because he certainly wasn't going to stay with the gringos. Oh no, his homeland came before all else, but he would return a rich man, with enough money to purchase a plot of land. Perhaps he could buy himself a small part of Los Guajes, perhaps all of it, oh my goodness, then yes, indeed!

It would have to be seen how he would treat the town leaders who had robbed him of his labor and his wages for so many years. It would have to be seen how he would settle the score with the government that for so long had impoverished him with its taxes! And if some scoundrels emerged clamoring for better governance and more freedom while robbing them and enslaving them even more, now he would know just what to do with them!

In this way, he went solving all of his problems. He was brimming with enthusiasm and he even inspired the hopes of his fellow countrymen, promising them a continuous string of victories, imagining himself entering a warehouse in which he only had to fill up sacks of gold in order to spend it lavishly and however he pleased.

The truck drove on. It was passed up from time to time by other more powerful vehicles and left weaker ones behind. And churning, churning, it ate up the highway like all the rest, carrying that cargo of daydreamers, of innocents, drunken by their illusions and entrusted to their fatalism of pie-in-the-sky visions and grim realities.